

amor de Jesucristo, manifestado en el Sacramento. La mejor gratitud es corresponder al Salvador con un amor semejante, con una caridad sin medida; y este amor ilimitado, y este amor infinito relativo que nosotros podemos profesar al Sacramento, lo debemos demostrar en la recepción frecuente del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, con cuya recepción aumentará nuestro amor á Jesús. Abriguemos inmensos deseos de servir cumplidamente á Cristo Sacramentado, ya que nos consta, según asegura S. Alfonso de Liguorio, que «Jesús en este Sacramento se hizo pobre en cierto modo por hacernos ricos; que allí está con las manos llenas de gracias, anhelando dispensarlas al que le visita, y que nos da su Cuerpo y Sangre, que es todo lo que tiene, para que entendamos que nada sabrá negarnos el que se nos da enteramente á sí mismo (1)».

¡Oh Señor Sacramentado! No sé qué decir á la vista de tanto amor. Quisiera tener miles de lenguas con que poder alabaros y bendeciros. Desearía poseer todos los corazones para poder agradeceros como corresponde. Por lo menos, que os tengamos un amor sin grados, sin límites para poder servirlos perfectamente y recibir más tarde la recompensa en el cielo.

EJEMPLO

En confirmación del infinito amor que N. adorable Salvador en la Eucaristía profesa á las almas, refiere la Historia de la V. Orden de mi padre Sto. Domingo (2) que, estando para comulgar Sta. Catalina de Sena, como pronunciase juntamente con el sacerdote aquellas palabras preparatorias: Señor, yo no soy digna de que Vos entréis en mi pobre morada, oyó la voz del Salvador que desde la Hostia la decía:—Pues yo soy digno de que tú entres en mí.—Habiendo recibido el Santísimo Sacramento le parecía que su alma se entraba dentro del mismo Jesucristo y se transformaba en Él. Con efecto, la sierva de Dios, merced á esta perfecta comunicación con el Altísimo, comenzaba en este suelo á experimentar los inefables consuelos celestiales.

(1) Medit. del día 6.º.

(2) Castill. p. 2.

II

Inmenso amor de Jesucristo en la institución de la Santa Eucaristía

(CONTINUACIÓN)

Ignem veni mittere in terram, et equid volo nisi ut accendatur?

Vine á poner fuego sobre la tierra y, ¿qué es lo que quiero sino que arda?

LUC. XII, 49.

1. ¿Quién jamás ha visto, exclama un autor (1), que un fiel amigo se sangre de la vena del corazón para recrear con ella á otro amigo cariñoso que se sofoca por el calor de las entrañas? Casos se han dado en que un amigo ha dado la vida por otro amigo; pero esto solamente ha tenido lugar cuando por precisión uno de los dos tenía que morir; mas, que un amante se lance el corazón, no ya por dar la vida, sino por recrear á su amado, esto raya en lo imposible, tratándose del amor humano, pero es la cosa más sencilla si se trata del divino. Madres ha habido que, por no verse en la terrible angustia de morir hambrientas, han comido á sus tristes hijos; pero que una madre haya cortado sus carnes por conservar la vida de sus hijos, no existe ningún probo historiador que lo haya sostenido. Jesucristo, empero, al objeto de conservar nuestra vida espiritual y de

(1) Luz de la Fe, lib. III, cap. 42, por el P. La Parra.

robustecerla indefinidamente, nos ha entregado sus propias carnes, diciéndonos al mismo tiempo: «Tomad y comed, porque éste es mi Cuerpo». Orígenes compara á Jesús con una tierna madre que, teniendo los pechos henchidos de leche, toma á su infante, le acaricia y le arrima á ellos. Ciertamente, Jesús en la Eucaristía, es el gran amigo que se ha sangrado de la vena de su tierno corazón por regalar á sus discípulos el vino delicioso que da la vida eterna y calma los ardores de la sensualidad; como es también la madre amante que, en vista del hambre de sus hijos, los cristianos, les alimenta con sus carnes delicadas; ella misma nos arrima á sus pechos místicos y nos dice: Tomad y bebed, porque esta es mi Sangre.

¿Fue sublime el amor de Jesús Sacramentado, ó rayó en locura divina? No sé qué responder á esta difícil pregunta: sólo diré, que el Salvador se enamoró tanto de los hombres, que pareció haberse olvidado de sí mismo. Pero todo amor tiene un fin; el hombre no ama inconsideradamente, algún fin pretende; y como el amor de Jesucristo es ordenadísimo, de ahí que haya tenido un fin perfecto al amar de tal manera á las criaturas. Ésta es la primera parte que desarrollaré en este discurso, á saber: I. *Fines especiales que el Señor se propuso al amarnos infinitamente en la Eucaristía.* II. *Género de gratitud que exige de nosotros por el amor que nos ha profesado.*

§. I.

El bien, considerado en general, no abraza un objeto solo, no se limita á tal ó cual punto de la simpática esfera del bienestar, porque entonces no sería bien general atractivo; por el contrario, abraza diversos objetos: tantos cuantos se relacionan con la vida, con el carácter, con la inclinación, con la necesidad de la persona á la que se desea el bien indicado. En este concepto, Jesucristo N. S., en la institución de la santa Eucaristía, no se propuso únicamente un fin, sino que, atendidas la naturaleza y propensión y demás circunstancias de la vida del hombre, manifestó tener varios

finés. Nos ha dado la Eucaristía, 1.º, para que nos alimentemos con su carne y su sangre: *caro mea est pro mundi vita*; 2.º, para que tengamos vida en nuestro espíritu: *Nisi manducaveritis non habebitis vitam in vobis*; 3.º, para que nos unamos perfectamente á Él: *in me manet et ego in illo*; 4.º, para ser germen de nuestra resurrección: *et ego resuscitabo eum in novissimo die*; 5.º, para tener luego eterna vida: *habet vitam æternam*; 6.º, para que celebremos este sacrificio y sacramento en su memoria: *hoc facite in meam commemorationem*; 7.º, para que le amemos: *deliciæ meæ cum filiis hominum*; 8.º y último, para que nos abrasemos en su amor: *et quid volo nisi ut accendantur?* Estos ocho fines son los que se propuso el Salvador al instituir el Divino Sacramento del Altar; algunos de ellos quedaron explicados ya, los demás serán materia de discursos posteriores; en el presente me ocuparé:

2. Que Jesucristo nos amó con objeto de hacernos partícipes de su gloria eterna. En efecto; para nada necesita Nuestro Señor de nosotros; feliz en sí mismo, sólo por un puro acto de amor quiere hacernos copartícipes de su felicidad. El hombre es asociado al gozo de Dios; es llamado para formar parte de su corte; es colocado junto al trono del Excelsa. Nos hiciste reyes, dice el Apocalipsis. ¡Qué fin tan sublime! Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente en la mansión feliz de los justos, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni la lengua puede explicar, ni aun el entendimiento concebir cuál sea ni hasta dónde llega ese premio tan completo que Jesucristo depara á los que comulgan debidamente.

Mas esta felicidad sempiterna nos la hace gustar en cierto modo en este destierro, mediante la recepción de la Eucaristía, para que entendamos que la Eucaristía es prenda de la bienaventuranza eterna, y que allá gozaremos de esos celestiales deleites, puesto que aun en esta vida nos los permite gustar por medio del Sacramento Santísimo. En confirmación de esta indudable verdad no hay más que observar qué es lo que goza un alma cuando recibe con buenas disposiciones al Señor Sacramentado. Esos transportes de alegría,

esa paz deseada, esos incoados arrobamientos espirituales durante los cuales el Salvador se comunica inefablemente al comulgante, esos castos é inmaculados efectos que se transmiten á todos los órdenes de la vida, no son sino meros ensayos de la dicha eterna que, como esplendentes luces, acreditan que tras el negro velo de la muerte existen esos consuelos, de los cuales fueron positivas pruebas aquellos destellos hermosísimos. Ejemplos prácticos de este supremo gozo fueron N. P. S. Francisco, quien, al comulgar, quedaba como fuera de sí, bañado su rostro de celestial alegría; Sta. Francisca que, en el momento de recibir el Cuerpo del Señor, se llenaba el templo de divinos perfumes, que daban á conocer cuántos serían los favores que el Señor la dispensaba en aquellos momentos; la V. M. María de Agreda, que después de haber comulgado, insensible á todo, excepto á la obediencia, permanecía de dos á tres horas en dulces éxtasis, gozándose en los inefables carismas de la Eucaristía (1); y aun cuando todos los que se disponen convenientemente á la Comunión no suelen recibir el mismo número de gracias por ser extraordinarias, empero hay mercedes que se reciben ordinariamente con el Sacramento, como es una paz dulce, una tranquilidad suave, un gozo extra-humano y un deseo de servir mejor á Dios.

3. Jesús nos amó para que nosotros le paguemos con amor. Para que comprendáis una vez más la inefable caridad que nos profesa Jesús Sacramentado, recordad que en este Sacramento tiene todas sus delicias; y quien satisface todas sus aspiraciones con la compañía de una persona, claro es que la ama hasta el extremo. Mas, «¡oh hombres! exclama Sta. Teresa de Jesús; ¿cómo podéis ofender á un Dios el cual asegura que con nosotros tiene sus delicias? Jesús tiene sus delicias en estar con nosotros y ¿nosotros no las tendremos en estar con Jesús? Por eso Él, desde el Sacramento nos pide el corazón diciendo: Dame, hijo mío, tu corazón, sí: tu corazón que es el amor con que has de pagar el que te he tenido á ti».

(1) Vida de esta V. por el P. Samaniego.

Ved, por consiguiente, á Jesucristo requiriendo de nosotros un afecto semejante al suyo, que es otro de los fines para que instituyera el Sacramento del Altar. Y qué, ¿pide algo de más? ¿no merecerá nuestro corazón? Todo beneficio debe ser naturalmente correspondido, y la gratitud más natural que podemos profesar á Jesús es amarle de la misma manera que Él nos amó, si esto pudiera realizarse. Jesús exige que le amemos; ¿qué diríais de un hijo que no mostrara afecto á su padre? no aseguraríais que era no sólo ingrato, sino cruel?

4. Quisiera nuestro adorable Salvador que el amor que le profesamos no fuera sólo de concupiscencia, sino de puro afecto; y como prueba de este finísimo aprecio estimaría que le recibiésemos á menudo. Mas ¡ay! causa lástima ver que los hombres no se apliquen á secundar las intenciones del Salvador; y una ingratitud semejante la declaró el Señor á la beata Margarita de Alacoque, por estas sentidas palabras: «Al menos dame tú el consuelo de reparar en cuanto de ti dependa la ingratitud de los hombres; para esto me recibirás sacramentalmente cuantas veces puedas y te lo permita la obediencia». Y para que os persuadáis que la amargura que experimenta el Señor con tales desprecios es inmensa, y que por medio de las Comuniones sacramentales opta porque en parte sea reparada, he aquí las palabras que la referida bienaventurada escribió al P. Rolín. «Mi divino Salvador me mandó que comulgase todos los primeros viernes de mes á fin de reparar en lo posible los ultrajes que le han sido hechos el mes anterior en el Santísimo Sacramento». La comunión, bien sea sacramental, bien espiritual, pero particularmente la primera, será la señal de nuestro afecto á Jesucristo, será la prenda visible de nuestra gratitud.

5. Jesús, además, nos amó para que nos comunicásemos en su amor. Dios, según expresión suya, es fuego consumidor; mas en ninguna parte ha mostrado tanto su amor como en la Sagrada Eucaristía; luego la Eucaristía es el fuego consumidor que Jesús vino á poner sobre la tierra. El fuego, sin embargo, no está quedado, no puede estar sin

movimiento, y por eso añade Jesús que no quiere otra cosa sino que arda. Efectivamente, arde en sí mismo y para prender fuego en las almas que le reciben. Por esta razón decía el V. P. Francisco Olimpio, teatino, que no existe cosa alguna en la tierra que más vivamente encienda el fuego del amor divino en los corazones de los hombres como la Sagrada Eucaristía. Éste es el divino fuego que sólo de contemplarle el beato Nicolás Factor ardía en vivísimos incendios, quedando arrobado por tres horas consecutivas; éste es el fuego sagrado que á S. Francisco de Borja hacía arrojar de su rostro sensibles llamas; éste es el fuego sagrado que en el Sacrificio consumía á S. Ivo, de tal manera que le cubría el cuerpo á modo de un globo de fuego resplandeciente y le arrebatava hacia lo alto.

6. Pero, ¿cómo es, se preguntará, que no quema, que no abrasa á todos el fuego de la Eucaristía? Si Jesucristo es fuego consumidor, debería abrasar á todos los que le reciben en la Eucaristía. Acaso, exclama Salomón, puede el hombre esconder el fuego en su seno y que no ardan sus vestidos?

Mas, ¿puede, por ventura, un cristiano recibir á Cristo Sacramentado y no arder inmediatamente? ¡Ah! Si nadie podía sacar al Sabio de aquella suspensión, á nosotros nos saca por desgracia la experiencia, la cual acredita que son muchos más los que no arden al contacto de ese fuego Sacramentado que los que se dejan abrasar de Él; porque para que el fuego eucarístico no prenda en el alma es indispensable que el espíritu humano oponga fuerte resistencia, así como es preciso un milagro de la gracia divina para que el fuego natural no prenda en los vestidos. El pecado mortal, el hábito del pecado venial, la falta de preparación próxima, un fin profano: he aquí una serie de obstáculos que como fría nieve apaga los ardores del fuego divino.

§. II.

7. El seráfico S. Buenaventura (1), con aquella unción que le caracterizaba, enseñó que hay once grados ó pelda-

(1) De 7 itin. ætern.

ños espirituales por donde el alma, de un amor ordinario se eleva al amor sublime á que puede llegar en esta vida. El primer grado es el del justo incipiente, según el cual, el cristiano arrepentido y confesado de sus culpas está en amistad de Dios. El segundo grado es el de amor incontaminable, por el que á más de poseer la gracia divina aborrece todo pecado venial y pone de su parte los medios para evitarlo. El tercero es el amor infatigable, arraigado en las almas fervorosas. Á éste sigue el inseparable, que es elevado, y le gozan las almas contemplativas. Viene el quinto grado de amor, llamado insuperable, propio de los que sufren por Dios tribulaciones y tormentos. Á éste sigue el amor insaciable, por el que el alma busca en todo momento unirse á su Criador. El séptimo grado es el de amor violento, que se subdivide en otros tres grados, según los cuales el cristiano, unido fuertemente al Señor, no piensa, ni discurre, ni habla sino de Él, aborreciendo lo que á Él no tienda. Finalmente, el último de los grados consiste en un completo dominio de todo lo que aparta de Dios, pudiendo decirse aquí que el alma ha llegado á ser como inmortal.

8. Supuestos estos grados, correspóndenos saber cuál sea el que Jesús Sacramentado exige de nosotros. Una cosa es amar á Dios simplemente y otra cosa es amarle con perfección. Lo primero constituye un estricto deber, lo segundo un alto consejo, pero un consejo alto que tiene casi la fuerza de grave precepto. Para amar al Señor simplemente basta el primer grado referido; mas no nos hemos de contentar con sólo eso. Pensad seriamente que al ser preguntado Jesucristo por un doctor, sobre cuál es el primero y mayor precepto de la ley, respondió: «Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Atended que no dijo solamente: amarás á tu Dios; porque esto pudiéramos practicarlo imperfectamente; sino que añadió: *con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*. Debemos amarle con todo nuestro corazón, ofreciéndolo todo á Él, sin reservar nada á la criatura de aquello que pueda disminuir nuestro amor á Dios; debe-

mos amarle con toda nuestra alma y nuestras fuerzas, empleando toda la facultad del propio ingenio, y hasta los haberes temporales cuando sean necesarios para servirle.

9. Al objeto de aclarar más las precedentes ideas, ved lo que dice el Señor: «No tendréis dioses ajenos delante de mí». En efecto; por este mandato exige Dios de nosotros que le adoremos únicamente á Él; mas esto es según el sentido propio, porque según el espiritual, pretende que no adoremos tantos gustos ilícitos, tantos vicios, tantas miserias, verdadera idolatría espiritual, pues quien tal hace anteponer esos vicios y esos gustos al Señor, único ser al que debemos absolutamente el amor. Acaso me negaréis que cuando se disponen viandas y licores delicados, no ya por satisfacer el hambre y la sed, sino para gozarse en ellos; cuando el dinero y el placer sensual y la ambición son objetos exclusivos del corazón humano, ¿no se roba á Dios el honor debido, no se comete un acto de espiritual idolatría? Donde se halla el tesoro allí está el corazón del hombre; y esta verdad de origen divino, y este dogma confirmado con milagros sin cuento, es un hecho demasiado frecuente en nuestros días por desgracia. ¿Qué es lo que lisonjea á esa persona? ¿qué es lo que le atrae? ¿qué es lo que la esclaviza? Pues eso que la lisonjea, que la atrae, y que la esclaviza es propiamente su ídolo; en él tiene depositado su corazón. Dios ya no es el gran objeto de esa persona.

Debemos por consiguiente amar con orden; á Dios en primer lugar, con todo el corazón, con todas las fuerzas, con amor de preferencia, gozándonos en Él solo, por ser quien es, porque merece ser amado, porque desea ser amado de nosotros. Á las criaturas por Dios, esto es: amándolas en orden á Dios, en cuanto puedan contribuir á la propia salvación; lo demás es habernos extraviado.

10. Esto es lo que Dios Sacramentado exige de nosotros; ése, el grado de amor desinteresado, perfecto, sublime, con el cual espera le amenos.

En su confirmación, S. Francisco de Sales llama cobardes y perezosos á los espíritus que ponen límites á su amor, re-

duciéndose á ciertas reglas, y no queriendo extenderse más, como pretendiendo encerrar el espíritu de Dios en el corto recinto de sus manos. El obispo de Belley, (1) discípulo de aquel santo, añade á las palabras de su bienaventurado maestro: «Siendo Dios infinitamente mayor que nuestro corazón, ¿qué pretensión es querer reducirle á tan pequeño recinto? Si el amor de Jesucristo fué excesivo, como escribe S. Juan, ¿qué ruindad la nuestra en querer ceñir el nuestro á una medianía? Si ni el mar ni el infierno jamás dicen basta, ¿qué deberá decir el amor santo cuyas llamas se dice en los Cantares ser más ardientes que las del infierno?» (2). Grande, ciertamente, es el amor que Jesús Sacramentado exige de nosotros; mucho pide, pero más todavía le debemos por sus inmensos beneficios; nuestros únicos deseos deberían ser amar á Jesús, ya que Él tanto nos ama, ya que Él ha de ser nuestra recompensa. «Si reconociese en mi alma, decía San Francisco de Sales, un solo hilo de afición que no fuese de Dios, en Dios ó para Dios, al punto lo arrojaría de mí, queriendo más no ser que no ser enteramente de Dios, sin la menor excepción. Si supiese y conociese en mí algo, por poco que fuese, que no estuviese sellado con el sello de Jesucristo, al momento me desharía de ello, arrojándolo de mí, al modo que la Escritura enseña que conviene sacarse el ojo y cortar la mano ó el pie que nos escandalizan.»

11. Es indispensable, por lo visto, disminuir y arrancar los afectos terrenos para alcanzar el perfecto amor de Dios; es regla indefectible que cuantas menos aficiones profanas tengamos, tanto más amor á Jesucristo profesaremos. De ese fuego sacramentado es preciso que obtengamos el amor que debemos á Jesucristo; y á la manera que los ríos nacen de una fuente y ésta se forma del agua que envían las nubes, quienes la toman del mar, al cual vienen á parar los ríos, de mismo modo, esa especie de movimiento circular espiritual debe regir en los cristianos respecto al amor debido á Jesús Sacramentado. De Él se recibe el amor y á Él debe

(1) Espíritu de S. Francisco de Sales, Part. 13. cap. 4.

(2) Cant., VIII, 6.

volver, y es porque Jesús, á la manera del mar, es principio y fin del amor.

Efectos de nuestro amor hacia Jesús sería anhelar por estar siempre á su lado, pedirle perdón, darle gracias, alabarle y solicitar nuevas virtudes y dones para todos los hombres; quien se tomase el trabajo de practicar esto con asiduidad, dice la beata Margarita de Alacoque, Jesús Sacramentado intercederá por él á su Eterno Padre.

Tened ánimo para poder conseguir un amor perfecto al Santísimo Sacramento; trabajad sin descanso, porque no se concede el premio á los que comienzan con fervor, sino á los que acaban en caridad de Dios. Tened presente que aunque sois seglares os incumbe la misma obligación que á los religiosos, respecto al amor de Dios, y no olvidéis que dice el Apóstol que el que ama ya cumplió la ley de Jesucristo.

EJEMPLOS

La beata Jacinta de la Tercera Orden de Penitencia iba con frecuencia á media noche, acompañada de otra devota, á visitar el Santísimo Sacramento, y en su divina presencia, descalzada enteramente, convertida en un mar de lágrimas, y postrada en el suelo, repetía muchas veces: ¡Oh amor, oh amor, venid á mi corazón! Esta encendida llama de amor que profesaba á Jesús Sacramentado se manifestaba particularmente cuando comulgaba y oía Misa, pues quedaba en estos casos absorta y completamente inmóvil (1).

El V. Fr. Miguel Usanos, franciscano, pasaba la mayor parte de la noche arrobado y en cruz delante del Santísimo Sacramento. En semejante postura estaba hasta el alborear en que los religiosos le llevaban á la celda, tan inmóvil como si hubiese quedado muerto en aquella forma. Tantos eran los continuos éxtasis que padecía á causa del amor que profesaba á la Santa Eucaristía, que se vieron precisados los prelados á impedirselos, y ¡cosa singular! cuando éstos deseaban que le cesasen completamente, el siervo de Dios sin haberle comunicado la determinación personal humana, dejaba de tenerlos (2).

Extasiábase el P. Salesio y llenábase de indecible gozo cuando oía hablar del Santísimo Sacramento, y el Señor le premiaba las visitas fre-

(1) In ejus vita.

(2) P. González, P. 6, libro 3 cap. 32.

cuentes que le hacía, por cuyo motivo el siervo de Dios jamás se hartaba de visitarle; bien cuando era llamado á la portería, bien cuando regresaba á la celda, ora cuando pasaba por delante de la iglesia, siempre se valía de estas ocasiones para dirigir á su Amado una palabra de amor, un suspiro del corazón, de suerte que apenas pasaba hora del día que no le visitase (1).

(1) S. Ligorio, Visitas.